

CAPITULO 3

LAS RESISTENCIAS CONTRA LAS POLÍTICAS QUE PRODUCEN POBREZA

3.1.- El sistema de dominación y los gérmenes de cambio

En la discusión de alternativas a procesos que están produciendo pobreza es central el tema de las resistencias sociales portadoras de cambios de la sociedad. Esto hace sentido teniendo en cuenta que en el esquema propuesto la pobreza es pensada como producto de un sistema de dominación, con actores dominantes, y dominados que resisten su reproducción y pugnan por su superación; en este planteo es axiomático que la pobreza no podrá revertirse si no se cuestiona el sistema de dominación que lo engendra.

Las resistencias en cuestión se dan tanto a escala global, como a escala nacional, incluso local, y en parte importante responden a los excesos del nuevo orden internacional; como resultado de esa oposición, los dogmas del pensamiento neoliberal con pretensiones de pensamiento único dejan de tener la fuerza del sentido común.

Las resistencias a las políticas y a las relaciones socioeconómicas que causan la degradación constituyen una condición necesaria aunque no suficiente para encarar las instituciones y procesos que están produciendo pobreza, y en esa medida tiene importancia básica en la discusión que se plantea en este trabajo.

3.2.- Los movimientos sociales y una nueva globalización

En efecto, con la globalización económica neoliberal crecen las desigualdades, hay más pobres, las empresas ganan más, dan empleo a menos gente, y con la flexibilización laboral pagan menos, y en esa medida crece el movimiento contra

la globalización regida por el libre mercado, que amenaza autonomías locales e identidades culturales; las reacciones apuntan a la globalización que pretende convertir en capital todo: cultura, naturaleza y al hombre mismo que se resiste a ser pensado en términos de valores de cambio²⁸.

En el nuevo orden internacional emergente, las propuestas del nuevo pacto colonial logran adhesiones de actores dominantes de la comunidad internacional y el rechazo a través de formas crecientes y abiertas de resistencia de actores populares; los acuerdos para agresiones unilaterales en situaciones de riesgos de desestabilización permiten mayor margen de acción a los centros de dominación del sistema, mientras en un proceso contradictorio de cara a grandes sectores las ideas que pretenden hegemonía pierden la fuerza del sentido común y son crecientemente cuestionadas.

En esa dinámica que pretende dismantelar el poder de la democracia, paradójicamente las resistencias permiten revalorizar la democracia en cuanto ella suponga ejercicio efectivo de la ciudadanía; los actores movilizados plantean una participación directa --sin las mediaciones de la democracia representativa-- en la formulación de las políticas y una integración política que institucionalice el conflicto orientando formas de manejo y resolución de los mismos. La sociedad civil neoliberal es reemplazada en el imaginario emergente en un espacio público abierto a la confrontación y a la negociación.

A medida que crecen la pobreza y la exclusión social, los sectores que eran atendidos por las políticas públicas tienden a defender al Estado en la medida que el mismo corporiza conquistas de la sociedad en su conjunto. En las movilizaciones, los sectores más castigados por las reformas caracterizados por su posición social y política subalterna recuperan parcialmente el papel de soberano de la sociedad, pero todavía limitándose al uso de la capacidad de veto a propuestas de políticas sin plantear alternativas en los espacios de decisión política.

Una de las coaliciones organizadas es la Alianza Social Hemisférica que plantea alternativas al ALCA, y consiguieron al menos la suspensión temporal del acuerdo multilateral de inversión que hubiera permitido a las corporaciones transnacionales eliminar lo que quedaba de soberanía nacional en materia de protección del medio ambiente y dotación de servicios públicos.

La protesta social está desencadenando nuevos movimientos sociales articulados en el Foro Social Mundial de Porto Alegre, asociado a la renovación del pensamiento crítico, que reafirman identidades y se plantean la construcción de una nueva historia con un futuro diferente al definido por el orden vigente. En la

²⁸ Véase Enrique Leff. *Alternativas al neoliberalismo ambiental*. PNUMA. 2002.

construcción de alternativas al neoliberalismo que se cuestiona en su contenido y en sus consecuencias, estos movimientos sociales se plantean una nueva globalización solidaria y humanista y están gestando una nueva cultura, que contrarresta la idea del pensamiento único de que no hay alternativas, y afirma al contrario que otro mundo es posible, mientras se plantea una reformulación radical de las instituciones del poder mundial.

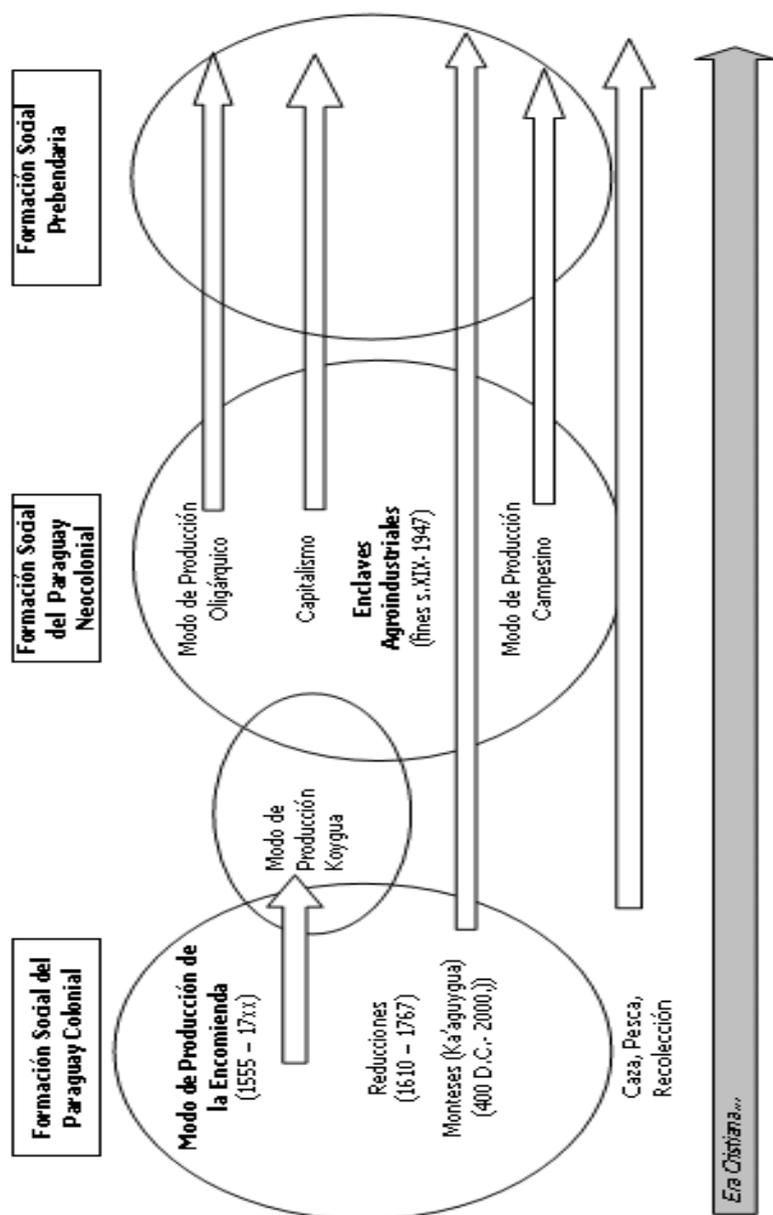
3.3.- Las expresiones de resistencia a nivel nacional

A nivel nacional nuestro país tiene una larga tradición de resistencias a formas de dominación y a toda arbitrariedad en las relaciones sociales, comenzando en la formación social del Paraguay colonial, hasta la formación social prebendaria, que se constituye luego de la revolución del 47 del último siglo (*Figura 3.1*). La dura experiencia colonial definió el contexto de una larga resistencia de los guaraní contra pretensiones de vasallaje y relaciones opresivas; de hecho la historia de la colonia es la historia de las luchas contra toda forma de opresión, 7 y comienza ya apenas iniciada la conquista.

El orden colonial se basó en normas, justificadas ideológicamente en la necesidad de combatir a herejes o idólatras, que allanaron el camino para la apropiación de las tierras indígenas y la disposición sobre los indios, sus chozas comunales y sus mujeres; este sistema normativo, impuesto coercitivamente, es el que regula el funcionamiento de la producción y de la reproducción en el sistema de la encomienda. Si bien la empresa colonizadora tuvo diversos móviles, la misma, en el Paraguay, respondió al intento frustrado de obtener metales preciosos. Fracasada la tentativa, se seleccionó la región más adecuada para la producción agrícola y mejor poblada por productores, pero el sistema de normas coloniales fue tenazmente resistido, tal como hoy se manifiestan formas de resistencia cultural a manifestaciones neocoloniales.

La primera experiencia civilizatoria enfrentó dificultades no previstas inicialmente, ya que el sometimiento de los Guaraní y la explotación de su fuerza de trabajo solo fue posible luego de siete años de sangrientas luchas entre indígenas e invasores. Finalmente, en 1555, se efectúa el repartimiento de encomiendas de a 30 y 40 indios a 400 encomenderos españoles, totalizando 27.000 familias encomendadas; esta es la base demográfica inicial del modo de producción de la encomienda, que como veremos encontrará condiciones muy restrictivas para su expansión, y más bien que se resiente desde el primer momento (*Fogel, 2002*).

FIGURA 3.1



Esta institución que respondía a mecanismos jurídicos, políticos y económicos impuestos desde afuera envolvía al encomendero, al rey y a los encomendados. La Corona cedía el usufructo del tributo, que los indios en tanto súbditos debían pagarle, a los españoles encomenderos. Estos como contraprestación debían armarse y defender los dominios españoles, contribuir a la evangelización de los encomendados y atenderlos en lo moral y material²⁹.

Desde el inicio de las relaciones coloniales, los europeos percibían a los indígenas como recurso productivo insustituible para la constitución y expansión de sus unidades económicas. Muy pronto quedó descartada la posibilidad de extraer de los indios una producción excedente, ya que los Guaraní, además de operar con bajo nivel de productividad, constituían una sociedad igualitaria sin mecanismos coercitivos para extraer trabajo excedente que permitiera el pago del tributo en productos agrícolas.

A falta de metales preciosos y de producción excedente de los nativos, solo quedaba como alternativa la apropiación del trabajo excedente mediante el pago del tributo en servicio personal, trabajando para el encomendero por mita (turno) en la parcela de éste y bajo su supervisión, teóricamente durante dos meses al año, tiempo durante el cual los españoles les proveerían para el sustento.

En la organización del modo de producción de la encomienda, las comunidades de los encomendados asentados en los pueblos indios eran propietarias de las tierras afectadas a las mismas, de modo que el indígena que formaba parte de la comunidad tenía sobre esas tierras los derechos de cultivarlas y de usarlas en su beneficio propio, así como los de transmitirlos por herencia a sus descendientes. Los pueblos indios, sobre todo los más alejados del Fortín de Asunción, mantuvieron una relativa autonomía de su organización tribal y guerrera, y esa preservación relativa de la autonomía tribal representó una de las primeras contradicciones del sistema colonial: para que se pudiera implementar la apropiación del trabajo excedente o plustrabajo se requería la utilización de las jefaturas de linajes, pero al apoyarse en la propia organización social de los indígenas posibilitaba la activa resistencia de éstos hasta la declinación del nuevo modo de producción. Estas rebeliones provocaron el empleo de recursos militares y del terror por parte de los colonizadores, con altos costos en cuanto a la permanencia de su fuerza de trabajo, en ausencia de un “ejército mitayo de reserva”.

En cuanto a las fuerzas productivas, la tecnología empleada en la parcela del

²⁹ En el sistema establecido el indio era explotado en 3 niveles:

- Servicio personal al encomendero
- Servicio personal en obras públicas
- Participación en expediciones militares en tanto instrumento de conquista y control de territorios ocupados.

encomendero resultó de una fusión de elementos europeos e indígenas: a la técnica de trabajo de los indígenas Guaraní se incorporaron como nuevos medios de trabajo, herramientas de metal --hacha, azada y arado-- y tracción animal, y a los cultivos indígenas se sumaron la caña de azúcar, la naranja y el banano.

El trabajo de los encomenderos, que originalmente se limitaba a la chacra, comprendió luego la explotación de la yerba mate y la cría de ganado. La producción de la yerba destinada por los españoles a la comercialización suponía el traslado, desde lugares alejados, de la materia prima sobre las espaldas de los indios, que eran afectados en su situación físico-biológica debido a la superexplotación.

Este sistema colonial y las formas de reproducción del trabajo servil tuvieron límites que se expresaron pronto, algunos de los cuales fueron externos y otros internos. Diversas son las causas que explican la rápida y substancial disminución de la población de encomendados, agravada por la ausencia de un “ejército mitayo de reserva”. Las fugas a los lugares inaccesibles al colonizador, la importación de epidemias de Europa contra las cuales los indígenas no desarrollaron defensas naturales y las bajas de los encomendados en enfrentamientos violentos con el orden colonial explican parte de esta declinación biológica. Sin embargo, la causa más importante radicaba en las condiciones de superexplotación; esta falla en la distribución del producto social, al no proveer lo necesario para la reproducción de los agentes de producción, se manifestó en altas tasas de mortalidad y bajas tasas de natalidad. (*Fogel, 2002*).

Diversas hipótesis pueden plantearse acerca de la alta tasa de matrimonios sin hijos, que en las culturas preindustriales están asociadas al empleo de diversas prácticas que regulan los nacimientos, comprendiendo el cuidado del feto y de los recién nacidos, la alimentación y condiciones físicas de las madres, intensidad y duración de la lactancia, además del empleo de hierbas medicinales adecuadas para aquel fin.

Las proporciones mayores de hombres se proyectan en la cantidad de solteros, lo que resulta consistente con la distribución de niños, ya que los varones duplican a las mujeres, lo que constituye un indicador de infanticidio selectivo como respuesta a las condiciones materiales muy restrictivas de la encomienda, percibida como injusta.

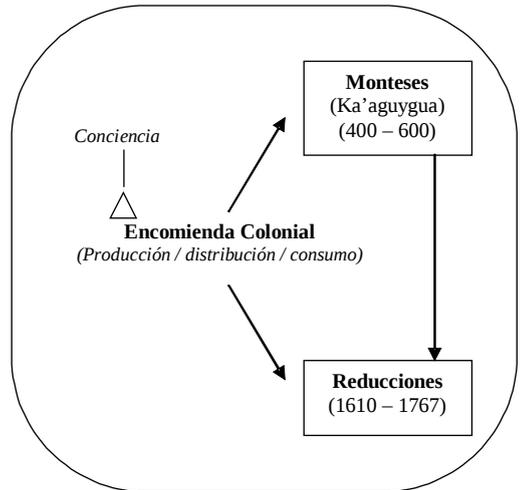
El límite interno más importante de la reproducción del trabajo servil y del modo de producción radicó en la conciencia de los encomendados. En este modo de producción la población de mitayos, y más específicamente la composición por sexo de los niños, estaba estrechamente asociada a las formas como las mujeres indígenas se representaban la situación colonial, en términos de resistencia cultural ante la imposición colonial. Mejor que criar siervas condenadas a los

abusos de la servidumbre les habría resultado dar vida a guerreros que pudieran vengar los agravios.

En este caso histórico, la resistencia en el plano cultural impide la reproducción del modo de producción y de la misma formación social del Paraguay colonial articulada en aquel; la prioridad causal que va de la infraestructura a la estructura y de esta a la superestructura, esfera propia de la cultura, tal como es planteada por Harris (1996) queda falsificada, ya que la esfera cultural en el modo de producción de la encomienda tiene plena autonomía, y más bien establece los límites a la reproducción de la fuerza de trabajo servil.

La toma de cautivos, la otra posibilidad de reproducción de la fuerza de trabajo servil, tuvo sus límites externos en la conciencia de los monteses que rechazaron subjetiva y objetivamente esa posibilidad, así como sucedió también entre los reducidos, tal como se esquematiza en la *figura 3.2.* →

En esta dinámica histórica, hacia fines del siglo XVIII el mismo modo de producción de la encomienda había desaparecido, mucho antes de ser formalmente abolida en 1803 mediante una cédula de la Corona española (Hay, 1999).



Ya en la primera mitad del siglo XVII se tornó visible en la colonia la caída demográfica de la población de encomendados, y la búsqueda del control de la mano de obra indígena estuvo ya entre los gérmenes de la guerra comunera; téngase en cuenta que en 1628 el obispo fray Tomás de Torre fue amenazado por los jesuitas con grandes pleitos que “le quitarían el juicio o la vida”. Estos finalmente fueron expulsados de Asunción por el gobernador obispo fray Bernardino de Cárdenas (Cardozo, 1965)³⁰.

³⁰ En la distribución demográfica de Caazapá de 1699 resalta la cantidad de matrimonios sin hijos que se repite en el censo de 1784 que muestra la permanencia de proporciones mayores de varones entre los párvulos; vale decir que en Caazapá permanecía el infanticidio selectivo, que bien podía ser indirecto al no dar apoyo pleno a los bebés mujeres recién nacidas. De hecho, a medida que declina el modo de producción de la encomienda disminuye la diferencia observada entre varones y mujeres en el grupo de párvulos, y también, como otra expresión de esa decadencia disminuye substancialmente la tasa de fecundidad de esa población. De hecho la mentada diferencia por sexo ya estaba desapareciendo entre los párvulos de otros tava coloniales en aquel año (Hay, 1999).

De la evidencia histórica disponible puede inferirse que hacia fines del siglo XVII el modo de producción de la encomienda estaba en vías de desaparición. Según estos datos de 1688, solo quedaban 164 encomiendas con una población de 1958 encomendados; vale decir que en 133 años la fuerza de trabajo indígena disminuyó en proporción mayor al 92 por ciento. Mirando desde la perspectiva del modo de producción de la encomienda, los cambios en las relaciones de producción se proyectaron en cambios en la superestructura político-ideológica; así, en 1717 las turbulencias previas por el control de la mano de obra indígena eclosionan cuando Reyes de Balmaceda entrega a los jesuitas a los payaguaes capturados en el Chaco, y no distribuidos como encomendados como era costumbre; aún cuando el destituido Reyes obtiene el apoyo del ejército jesuítico es derrotado por el que respondía a los encomenderos en la batalla de Tebicuary en 1724 (*Cardozo, 1965*).

Sorprendido por el inesperado desenlace, el virrey Marqués de Castelfuerte ordena que se encare la insurrección y se la sofoque reponiendo a los jesuitas; a resultas de sucesivos enfrentamientos que involucraban a los comuneros defensores de la encomienda y a agentes de la administración colonial española, los jesuitas fueron expulsados por tercera vez, y finalmente Zavala, que fue gobernador de Buenos Aires, con el apoyo de ocho mil indios derrotó a los comuneros en la batalla de Tavapy, en 1735.

Los referidos cambios en la base infraestructural se reflejan bien en los datos de demografía histórica, tales como la tabla de “servicios de encomendados” del pueblo de Caazapá, para los años 1699 y 1784. Tampoco el modo de producción de las reducciones tenía un panorama alentador en la formación social del Paraguay colonial a comienzos de la segunda mitad del siglo XVII, ya que los jesuitas fueron finalmente expulsados en 1768.

Mirando desde otro ángulo las agitaciones que se observaron en el cambiante escenario político de esos años, pueden verse límites externos a la toma de cautivos para engrosar a la diezmada población de encomendados, y más específicamente los límites originados en las interferencias de las Reducciones a esa forma de reproducción de los contingentes de encomendados.

En las últimas manifestaciones vitales del régimen de la encomienda, que ya solo tenía existencia virtual, en 85 años --entre 1699 y 1784-- la población encomendada disminuyó en más de la tercera parte pero el servicio real disminuyó en un 50% a expensas de los fugitivos, que incluían a retirados presionados para su reincorporación. El ocaso del sistema por agotamiento biológico de la fuerza de trabajo se manifiesta en el hecho de que el 38% de los matrimonios no tenían hijos. Esto resulta explicable toda vez que la reproducción humana supone la familia, dislocada por el sistema de la encomienda. Los

mitayos agotados y separados de sus familias no podían reproducirse a sí mismos (*manteniéndose a sí mismos*) en condiciones de ser explotados y reproduciendo nueva fuerza de trabajo, agravándose la situación en ausencia de un ejército mitayo de reserva, ya que el sistema suponía reemplazos aún dentro de una misma generación.

La extinción de la población de encomendados causó la ruina del modo de producción de la encomienda, ya que los mitayos tenían una importancia económica básica para el sistema. Sin ellos no se podían satisfacer las necesidades de las unidades económicas de los encomenderos, basadas en la chacra y en la explotación de la yerba mate --que respondían a necesidades de autoconsumo y de comercialización de yerba mate-- que suponían utilización intensiva de fuerza de trabajo.

En esta sociedad de encomenderos las posibilidades de comercialización se limitaban a intercambios con el exterior basados en la yerba mate cuya producción requirió altos niveles de explotación reproducidos bajo coerción, que condujo al agotamiento de la población de mitayos encomendados y del modo de producción de la encomienda, ya que si se mata a los explotados se acaba con el modo de producción basado en la explotación de aquellos.

En el caso considerado, se completó en poco más de un siglo el ciclo vital de un modo de producción caracterizado por la apropiación con mecanismos coercitivos de altas tasas de explotación, la destrucción de la fuerza de trabajo y la vida limitada del propio sistema. La extinción del modo de producción dominante provocó también el fin de la propia formación social del Paraguay colonial, como también colapsó el modo de producción de las Reducciones, no así los modos de producción de los guaraní monteses y el de los cazadores recolectores que con cambios adaptativos sobreviven en las formaciones sociales posteriores

Antes de este colapso de la propia formación social colonial, las condiciones objetivas impuestas por el debilitamiento de la encomienda, determinan la importancia creciente primero, y luego el predominio, de la producción de los campesinos criollos mestizos --hijos de indias y españoles-- con chacra y producción ganadera que no requería uso intensivo de fuerza de trabajo. El nuevo sistema productivo se articuló en esta producción de los mestizos y en la agricultura guaraní, basada en mecanismos comunales, que se constituyó con los Guaraní que huyeron de las encomiendas y los que volvieron a las selvas luego de la desaparición de las Reducciones Jesuíticas.

Es esta configuración con predominio de la población de criollos campesinos independientes --con chacra y explotación ganadera-- lo que explica el rol protagónico, desde la tercera década del siglo XVIII, del “común” a las luchas contra el sistema colonial. La utilización del idioma guaraní como medio de

comunicación de la mayoría de la población, hasta hoy, tendría la misma explicación.

En este proceso la formación social del Paraguay colonial sufría los cambios en sus modos de producción y ella misma se transmutaba en formación social neocolonial; ya casi a fines del siglo XVIII, a la renovada producción de los monteses se sumaban el modo de producción koyguá y el campesino que se constituían en parte con las aldeas resultantes de las abandonadas Reducciones Jesuíticas.

Estos modos de producción estaban subalternizados por los enclaves agroindustriales y la dominante oligarquía semifeudal, que solo declinó temporalmente ya en el periodo independiente durante el gobierno franciscano; los enclaves agroindustriales que explotaban los obrajes de yerba mate y madera y controlaban enormes latifundios estaban ligados al capital internacional (*La Industrial Paraguaya, Matte Larangeira, Barthe, Fasardi*) que se estableció en el Paraguay luego de la Guerra de la Triple Alianza.

También los enclaves agroindustriales se extinguieron tal como se esquematiza en la *figura 3.1* y, aunque no se plantea su análisis en estas formulaciones, es pertinente recordar que el orden social articulado en estos enclaves también fue resistido en el plano cultural y en el de las luchas sociales en los dilatados obrajes. El bandolerismo social revirtió el monopolio de la fuerza que ejercían los capangas movilizados por los mayordomos de los grandes obrajes en contra de los pobres; bandoleros sociales como Regino Vigo repararon viejos agravios sufridos por los mensú, atemorizando a los poderosos, y preanunciaron el derrumbe de la dominación articulada en estos enclaves que tocaron a fin hacia 1947.

La formación social prebendaria que convierte al Estado en fuente de prebendas de modo que no quede “ningún correligionario pobre”, que se constituye luego también en portadora de la semilla de su propia destrucción y, más tarde o más temprano, sucumbirá a la inevitable resistencia, a la arbitrariedad y a la arrogancia. La cultura política de la oposición y la resistencia, explotando tradiciones sedimentadas y memorias de luchas ancestrales, se manifestaron de diverso modo en las últimas décadas del siglo pasado.

En el eterno retorno de las manifestaciones de una configuración con cepa resistente a toda forma de opresión, se vuelve saliente desde principios del nuevo siglo. En década ultraconservadora se reconstituye, en un ambiente convulsionado, el actor popular alimentando esperanzas de emancipación. Ya en el 2001 se observa la emergencia de las clases populares como actor político central, con un papel importante en procesos simbólicos que rechazan el pensamiento único centrado en el mercado, remando a contracorriente de los

medios de comunicación.³¹

En el 2002, el Congreso Democrático del Pueblo (*CDP*) convocó para el 21 de mayo para una movilización nacional incluyendo cortes de rutas en todo el país en prosecución de las siguientes reivindicaciones:

- | | |
|---|---|
| <input checked="" type="checkbox"/> Derogación de la Ley 1615 de privatizaciones. | <input checked="" type="checkbox"/> Contra el proyecto de IVA agropecuario |
| <input checked="" type="checkbox"/> Contra el terrorismo de Estado y contra el proyecto de ley antiterrorista | <input checked="" type="checkbox"/> Contra el proyecto de privatización de rutas. |
| <input checked="" type="checkbox"/> Contra la reforma de la banca pública | <input checked="" type="checkbox"/> Contra la corrupción y la impunidad. |

El comunicado N° 1 de los organizadores de la movilización señala que “es un hecho resaltar la acción coordinada y unificada de las mayores organizaciones campesinas, unidas a partidos políticos y movimientos sociales contra un hecho que amenaza a toda la sociedad: la privatización, el terrorismo de Estado y la corrupción-impunidad”. Todas estas organizaciones muy insertas en la sociedad paraguaya y conocedoras de sus problemas tienen propuestas de solución. Cualquiera de ellas pasa por parar las privatizaciones corruptas y protegernos de un Estado terrorista”.

La totalidad de las reivindicaciones planteadas por los organizadores de las movilizaciones fueron logradas, en lo que ellos calificaron como una victoria parcial. En uno de sus comunicados, el CDP expresaba sus posturas críticas “Frente a una ofensiva de sectores conservadores que defienden la privatización, gremios empresarios, presiones del FMI y del BM y una aguda crisis política de consecuencias no previsibles”.

Las movilizaciones referidas sin duda se alimentan en la memoria de luchas populares ancestrales, en concepciones arraigadas sobre las injusticias, y en otros elementos ideológicos redefinidos, con nuevos elementos, en un contexto de nuevas formas de exclusión.

En la percepción de los movilizandos, la misión del Estado es social y política y no puramente tecnocrática y administrativa, aunque se pudiera aceptar que las empresas manufactureras puedan funcionar mejor en el sector privado, se teme que en el caso de los servicios públicos luego de privatizados suban los precios y se reduzcan sus costos despidiendo personal³². En lo referido a rendición de cuentas, se asume que los usuarios deben disponer de información completa sobre la operación de los servicios y sus proveedores, y deben contar con mecanismos para corregir eventuales fallas, supuestos que se compadecen con la modernización del Estado propuesta por los organismos de cooperación al

³¹ . Estas circunstancias nos recuerdan la importancia de estudios sobre la cultura de las crisis.

³² Estos riesgos desde luego pueden controlarse con las regulaciones pertinentes, que de existir eran desconocidos por los sectores movilizandos

3.4.- Los límites de los movimientos de protesta

Estos avances de las resistencias populares que cuestionan las prácticas hegemónicas son, sin embargo, insuficientes ante la creciente fragmentación social, la contracara de la pobreza que se extiende y que dificulta la percepción de intereses materiales compartidos. De hecho estos movimientos están debilitando el pensamiento único neoliberal mercadocéntrico y su hegemonía no es tal en la medida que se afirma que otro mundo es posible; en diversos casos estos movimientos y luchas sociales ejercieron capacidad de veto, pero no logran aún construir ese nuevo orden.

Para ir más allá de la resistencia se necesita precisar, en una visión unificada, no solo qué cosas cambiar, sino también cuáles son las alternativas, cómo lograr esos cambios, y la decisión de lanzarse a la construcción colectiva, basado en la convicción de que los cambios deseados son posibles. Los avances en cuestión requieren también canales políticos nacionales que reemplacen a los referentes institucionales del sistema político en crisis; sin esa organización que unifique con propuestas claras la diversidad, las políticas neoliberales pueden enlentecerse pero sin cambiar de dirección. Las posibilidades de controlar ese riesgo, sin embargo, no es materia de teoría sino de las prácticas sociales.
